

LOS ÁRBOLES SILVESTRES EN LA IBERIA DE ESTRABÓN*

Wild trees in Strabo's Iberia

M.^a Luisa CORTIJO CERESO

Departamento de Ciencias de la Antigüedad y la Edad Media. Área de Historia Antigua. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Córdoba. Plaza del Cardenal Salazar, s/n. 14071 Córdoba. Correo-e: ca1cocem@uco.es

Fecha de aceptación de la versión definitiva: 18-04-07

BIBLID [0514-7336(2007)60;209-219]

RESUMEN: Los autores grecorromanos nos han transmitido bastante información sobre lo que podríamos considerar una naturaleza dominada (agricultura, ganadería, pesca...), pero pocas veces se han interesado por el paisaje agreste salvo en los casos en que el hombre obtenía un beneficio de él. Aquí intentamos destacar algunos pasajes de Estrabón en los que los árboles silvestres (o no estrictamente cultivados) son los protagonistas. Para una mejor estructuración, hemos clasificado las alusiones estrabonianas en tres grupos: informaciones aisladas, paisajes sugeridos y paisajes definidos.

Palabras clave: España romana. Estrabón. Árboles silvestres.

ABSTRACT: The ancient Greek and Roman writers have given us a considerable amount of information about what we could define as nature dominated by human beings (agriculture, cattle raising, fishing...), yet they wrote very little about the wild landscapes except in the cases where man obtained something from it. Here we attempt to highlight some passages from Strabo in which wild (or at least not strictly cultivated) trees are the protagonists. In order to structure the article, we have classified Strabo's allusions into three groups: isolated informations, suggested landscapes and defined landscapes.

Key words: Roman Spain. Strabo. Wild trees.

1. Introducción

Entre otros muchos propósitos, al escribir su obra, Estrabón pretende detenerse en el estudio de la flora y la fauna de las regiones que describe pero, en lo relativo a la flora no relacionada directamente con la agricultura, sólo se extiende ante la presencia de árboles exóticos o poco conocidos por los romanos (India, Arabia, Egipto) o ante "árboles míticos o con leyenda" (como veremos en algún caso hispano). En lo que a Iberia se refiere, comienza con una descripción negativa (III,1,2), fruto posiblemente del desconocimiento de algunas regiones, ya que la generalización de hallarnos en un lugar inhóspito sólo sería aplicable al norte, matizándose en las zonas centrales y desmintiéndose en el sur y la costa mediterránea, donde la civilización alcanza grados muy respetables. De todas formas, Estrabón extrae su visión de Iberia en gran medida de la autopsia de Polibio, un griego al servicio de Roma que contempló una

tierra extraña en tiempos de guerra (Aujac, 1966: 268-269; García Ramón y García Blanco, 1991: 144-150; Fedeli, 1990: 26-30; Gómez Espelósín, 1999: 65-66 y 74-77; Trotta, 1999: 82-90; Gómez Espelósín, Cruz Andreotti y García Quintela, 2007: 144), aunque su relato se integra en una geografía de la civilización (Cruz Andreotti, 2007b: 251-253).

Además, Estrabón se centra en la agricultura y la ganadería, atendiendo al mundo silvestre sólo en los casos en que reporte beneficios destacables al hombre. La flora silvestre hispana suele aparecer en este contexto (Plinio es más detallado), con alusiones muy generales a bosques y la mención de muy pocos árboles concretos. Es en este marco de la explotación racional del mundo silvestre en el que los bosques son un aspecto más del trabajo de la tierra y un buen complemento económico, y así lo expresan agrónomos y agrimensores (Beal, 1995: 13-18; Castillo Pascual, 1996: 134 y ss.; Hughes, 1994: 5-6; Larrère y Nougarede, 2000: 19-20; Ariño Gil *et al.*, 2004: 142, 157; Cat., *Agri.*, I,7; Front., *De contr. Agr.*, Th. 6-10; Hig. Grom., *De limit.*, Th. 73; *De cond. Agr.*, Th. 76, 83; *De gen. Contr.*, Th. 92; Hig. Arp., *Const. limit.*, Th. 159-161, 164, 166, 168; Ag. Urb., *De Contr. Agr.*, Th., 37, 46). De la Iberia silvestre de Estrabón hemos seleccionado los vocablos¹ siguientes, teniendo en cuenta varios criterios:

* En los últimos años se ha revisado totalmente la obra de Estrabón, pero centrándose en temas ajenos al nuestro. Han aparecido nuevas traducciones comentadas, estudios sobre sus fuentes, nuevas lecturas de textos concretos, e interesantes planteamientos sobre aspectos geográficos, etnográficos o administrativos. En estas páginas incluimos algunas referencias que recogen, sintetizan, analizan o discrepan acerca de lo ya dicho. Con independencia de la bibliografía citada, destacamos, no obstante, Ciprés (*Ktēma*, 18, 1993), Cruz Andreotti (*CuPAUAM*, 28-29, 2002-2003), Gómez Fraile (*Polis*, 8, 1997; *SPAL*, 8, 1999), Moret (*Pallas*, 64, 2004), Plácido (*Habis*, 18-19, 1987-1988; *Studia Historica. Historia Antigua*, 22, 2004), Pérez Vilatela (*Polis*, 2, 1990). Y, dentro de los estudios temáticos, Cruz Andreotti (coord.) (1999): *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*. Málaga, en especial los trabajos de Ciprés y Prontera; Cruz Andreotti, Le Roux, Moret (eds.) (2006): *La invención de una geografía de la Península Ibérica, I. La época republicana*. Málaga, las colaboraciones de Beltrán Lloris, Ciprés, Cruz y Le Roux.

¹ Hemos utilizado para definir los vocablos los siguientes diccionarios: Bailly, 1950; Magnien y Lacroix, 1969; Rodríguez Adrados, 1980. Adoptamos a lo largo del artículo los criterios de estos diccionarios, y sólo incorporaremos una nota específica para concretar algo, en el caso de que sus definiciones se contraríen y si incorporamos un nuevo comentario. Las ediciones de la obra estraboniana que hemos consultado han sido básicamente García y Bellido (1945) 1968; Jones, 1988; Lasserre, 1966; Meana y Piñero, 1992 y Gómez Espelósín, Cruz Andreotti y García Quintela, 2007. Para la transcripción de los topónimos, hemos seguido la edición de M. J. Meana.

- a) Que mantengan una relación directa con la existencia de masas arbóreas, tanto de naturaleza salvaje como domesticada (salvo especies cultivadas, vid, olivo y de huerto): III,1,2 (δρυμός), III,2,3 (ἄλσος, φυτουργία, μεγαλόδενδρον), III,2,7 (δρῦς), III,2,9 (δρυμός), III,3,1 (εὐαλδές), III,3,7 (δρυοβάλανος), III,4,2 (ῦλη, μεγαλόδενδρον), III,4,10 (δρυμός), III,4,11 (εὐδενδρον, ῦλη) y III,4,13 (ῦλη).
- b) Que sugieran su presencia, aunque sea de forma indirecta: III,2,6 (κόκκος, πίττα, también ῦλη, en el sentido de “madera”), III,4,6 (Ολέαστρον) y III,5,1 (Πιτυούσσαι).
- c) Que aludan a árboles o madera de una forma individualizada o muy concreta: III,2,3 (μονόξυλος), III,3,7 (μονόξυλος, referido a barcas muy pequeñas y escasas, no a una industria naval desarrollada), III,5,2 (δένδρον), III,5,10 (δένδρον, φλοιός).

La ubicación de cada vocablo en el apartado correspondiente viene determinada por el significado prioritario de la palabra, pero también influye el contexto en el que aparece. Así, el término ῦλη se recoge en los apartados *a-b* por razones estrictas de contextualización, aunque quizás, si tuviéramos que elegir, lo incluiríamos con matices en el *a*; ῦλη es una palabra que designa al bosque, pero, si alude al árbol cortado, se contempla como material de construcción, y ése es el significado que tiene en III,2,6, caso en el que designa a la madera, no al bosque (algo similar a lo que ocurre con el latín *materies*). De todas formas, la información de Estrabón, que nos dice que en Turdetania la construcción de navíos se realiza exclusivamente con maderas locales, nos indica la presencia de abundantes masas boscosas (también la industria minera implica un consumo masivo de madera, hecho que constata de forma directa el propio Estrabón).

Los demás términos recogidos en el apartado *b*, κόκκος, πίττα, Ολέαστρον y Πιτυούσσαι, creemos que encierran también una alusión indirecta a masas arbóreas. Pez y cochinilla² han de ponerse en relación con pino y encina. La exportación de este tipo de productos implica, sobre todo, abundancia (la construcción propia de sus navíos afectaría no sólo a la madera, sino también a la pez, necesaria para esta industria), antigüedad y tradición y, para Estrabón, sería indicio de pueblos civilizados, ya que estos productos se utilizan de la forma en que lo harían griegos y romanos. Respecto a las Pitiusas, Estrabón no habla de la existencia de pinos, sino del nombre que reciben algunas de las islas baleares (πίτυς = pino; Pityoussai significa “isla de pinos”, traducción de la voz fenicia *ibusim*, de la que se deriva el nombre de Ebusos: García y Bellido [1945], 1968: 171, n. 294; Lasserre, 1966: 81, n. 2; Meana y Piñero, 1992: 115, n. 284). No podríamos definir hasta qué punto el nombre se adaptaba ya en tiempos de Estrabón al paisaje que parece

² Πίττα = 1) pez; 2) resina de picea; 3) astilla de madera resinosa (Bailly). 1) pez; 2) resina de árbol resinoso (Magnien). Κόκκος-ου: 1) semilla o pepita, particularmente de la granada; 2) cochinilla, insecto; 3) píldora o testículos (Bailly). 1) semilla o pepita; 2) pequeña cantidad; 3) quermes de encina; 4) píldora; 5) testículos (Magnien). El quermes es una especie de tinte carmesí que se obtiene del cuerpo de la hembra de un insecto del género *Kermes ilicis*; la especie descrita por Estrabón se desarrolla en la *Quercus coccifera*, una encina enana muy común en los países mediterráneos (Jones, 1988: 32, n. 2; Meana y Piñero, 1992: 56, n. 68).

evocar, pero Plinio (III,11,76) incide en la etimología griega de la palabra y no alude a una contradicción con la realidad de las islas. Oleastro (citado sólo como nombre de ciudad) designa en latín al acebuche (*oleaster*).

En el apartado *c* hemos recogido lo que consideramos alusiones a árboles o madera de una forma individualizada o muy concreta: III,2,3 y III,3,7 (μονόξυλος), III,5,2 (δένδρον), III,5,10 (δένδρον). No incluimos el término ῦλη (III,2,6) tal y como se entiende en el apartado *b* ni los εὐδενδρόν (III,4,11) y μεγαλόδενδρον (III,2,3; III,4,2) recogidos en el apartado *a*, porque implican, en su contexto, tanto la calidad como la cantidad, bien por deducción o por hallarse acompañados de otros vocablos que así lo indican. El término μονόξυλος, referido en las dos ocasiones a la construcción de barcas, no implica una intensa actividad naval (al contrario que el caso del ῦλη de III,2,6), sino limitada y con poca incidencia ya en época de Estrabón. Δένδρον aparece referido a especies o ejemplares concretos (III,5,2), incluso exóticos (III,5,10). La información paisajística de los datos recogidos en este apartado es muy escasa ya que no se concreta la especie a que se refieren y da la impresión de que se está hablando de ejemplares aislados.

Más amplio y completo es el apartado *a*, donde hemos recogido alusiones directas a masas arbóreas de naturaleza salvaje o domesticada, destacándose los siguientes vocablos: III,1,2 (δρυμός), III,2,3 (ἄλσος, φυτουργία, μεγαλόδενδρον), III,2,7 (δρῦς), III,2,9 (δρυμός), III,3,1 (εὐαλδές), III,3,7 (δρυοβάλανος), III,4,2 (ῦλη, μεγαλόδενδρον), III,4,10 (δρυμός), III,4,11 (εὐδενδρον, ῦλη), III,4,13 (ῦλη). Dos de ellos, δρυμός y ῦλη, aparecen en tres ocasiones; en dos μεγαλόδενδρον y sólo en un caso los demás. Así, el apartado *c* recoge alusiones aisladas a árboles, que, aunque puedan ser silvestres, no definen ningún tipo de paisaje; los apartados *a-b* aluden a masas boscosas y, mejor o peor, sí nos pintan un paisaje completado por la descripción general en que Estrabón integra los vocablos y las asociaciones de dos o más en un mismo párrafo.

2. Paisajes descritos

Algunas de las citas ofrecen sólo una información aislada, pero otras nos definen un auténtico paisaje, tanto por la jerarquización de los vocablos alusivos a la vegetación, como por el acompañamiento de adjetivos que detallan y precisan las características del paisaje que se describe.

2.1. Informaciones aisladas

Se alude a vegetación o madera que aparecen como un elemento casual del relato dentro de un contexto que les es ajeno, o, en otro sentido, citas relativas a árboles (sin definir la especie), o ejemplares concretos. Esta información podemos integrarla en tres grupos:

2.1.1. Posibles alusiones a vasos de madera: en dos ocasiones constata la antigua edición de García y Bellido la existencia de vasos o vajillas de madera: III,3,6, donde se dice que algunas poblaciones ribereñas del Duero viven al modo lacónico y calientan sus recipientes con piedras enrojadas

al fuego³ y III,3,7 donde tanto García y Bellido como Meana y Piñero interpretan que los habitantes de las montañas usan vasos labrados de madera, como los celtas. En sentido diferente se decantan Lasserre y Jones que, más fieles al texto griego (Κηρίνοις δε ἀγγεῖοις χρώνται, καθάπερ καὶ οἱ Κελτοί. El vocablo alude a miel, cera, panal...), hablan de recipientes de cera. Un recipiente sólo de cera es poco operativo, por lo que la traducción de las versiones españolas es más libre, pero adaptada a la realidad. Todo recipiente para líquidos tiene como función prioritaria la impermeabilización, que se obtiene por diversas fórmulas, tanto en productos maderarios como cerámicos. Con todo, a pesar del uso de vajillas de madera desde tiempos remotos hasta nuestros días, el texto estraboniano no utiliza el vocablo; si hemos recogido las citas ha sido por contrastar las diversas traducciones y porque entra dentro de la lógica. Igualmente, la cera turdetana era un producto objeto de exportación (Str., III,2,6).

2.1.2. Alusiones a pequeñas embarcaciones hechas de un solo tronco: no incluimos la gran construcción naval, porque ésta implicaría un uso intensivo de madera, por eso la cita estraboniana en este sentido (III,2,6), la recogemos en el apartado de paisajes sugeridos. Sólo queremos destacar los casos en los que vocablos relativos a madera o árboles son los protagonistas del texto estraboniano y aluden a embarcaciones. Str., II,3,4 nos informa del hallazgo de una proa de madera (ξύλινος) de un navío gaditano. Es una referencia simple a un tipo de nave (hallada lejos del ámbito geográfico hispano) gaditana; lo recogemos por el mero hecho de que el autor constata el carácter lúneo de la pieza.

El texto que quizás combine mejor las alusiones a la madera y la industria naval es III,2,3, donde, en el entorno de las orillas del Betis, se retrata con gran claridad el panorama naval del momento, a la vez que se hace un breve repaso a la tradición anterior: barcos de gran calado hasta Híspalis, de menor tamaño hasta Ilipa, y tipo σκάφος, hecho con piezas ensambladas hoy día, pero μονόξύλος antiguamente. Este vocablo aparece de nuevo vinculado a pequeñas embarcaciones en la geografía estraboniana del norte (III,3,7), donde, hasta tiempos de Bruto, se usaban embarcaciones de cuero (Διφθερίνοις τε πλοίοις) en la pleamar y las marismas, pero hoy día, incluso las de un solo tronco (μονόξύλα) son raras. El uso de pequeñas barcas de cuero o de madera de un solo tronco o tablas ensambladas fue común en la Iberia primitiva, y se mantendría con cierto vigor en las zonas menos desarrolladas en la navegación por ríos, lagos y zonas en pleamar. Estas barcas se usaban aún en

³ No utiliza García y Bellido (1945) 1968 en su traducción la palabra madera para definir a estos recipientes, pero la nota adjunta al párrafo (119, n. 186) aclara que los líquidos contenidos en los recipientes de madera se calentaban introduciendo en ellos piedras candentes, y remite a la nota 192, que es la correspondiente a III,3,7, donde se afirma que se utilizaban vasos labrados de madera. El texto en cuestión no alude claramente a recipientes: πυρίαις ἐκ λίθων διαπύρων, habla de piedras candentes y, como primera y válida opción, baños de vapor (πυρία-ας), aunque el vocablo puede aludir, de forma secundaria, a bañeras o marmitas, lo que podría explicar la traducción de García y Bellido. El vocablo ἄλειπτεριον alude a tradiciones vinculadas a gimnasios o termas, con los baños consiguientes a la actividad física o a la simple relación social. Ver también Gómez Espelosín, Cruz Andreotti y García Quintela, 2007: 217.

tiempos de Bruto el galaico (138-137 a.C.) y lo seguirían haciendo después en los contextos adecuados (pequeñas barcas de este tipo encontramos citadas también en Caes., Ciu., I, 54,1-3 y 61,5-6; D. C., 43,40,1-2; App., BC, II,105; B. Hisp., 40, 6).

2.1.3. Alusiones a árboles aislados y/o concretos: incluimos el vocablo genérico (δένδρον) y alusiones a algunos árboles concretos. En las Baleares (III,5,2), las liebres derribaban las casas y destruían los árboles; por lo que se solicitó la ayuda de los romanos y los campos volvieron a producir sin problemas; estamos ante una definición genérica de árbol (con escaso valor botánico), pero el contexto nos indica que, cultivados o no, son especies de las que el hombre saca un provecho, aunque la aparición del vocablo “árbol” junto a “casa” (οἶκος) nos induce a pensar que se trataba de árboles domésticos (sobre las liebres, Str., III,2,6). Además, la cita no pasa de ser una alusión anecdótica, usada una vez más para contrastar el antes y el ahora de la presencia romana (Castro Páez, 2004: 243-253; Clarke, 1997: 102-108; Clavel-Levêque, 1974: 75-93; Counillon, 2007: 65-80; Potheary, 1997: 235-246; Thollard, 1987).

Pero la cita estraboniana más significativa en este sentido es III,5,10: Estrabón, siguiendo a Posidonio, nos habla de cuatro árboles (δένδρα) curiosos, si no exóticos. El de Gádira tiene ramas que se curvan hasta el suelo, hojas en forma de espadas y da fruto; un árbol similar en la curvatura de las ramas se da en Egipto, visto por Estrabón, pero con hojas diferentes y sin fruto; de las ramas del gaditano brota leche, y de su raíz un líquido bermellón⁴. Existe otro árbol en Nueva Carquedón que desprende de sus espinas una fibra apta para tejer; en Capadocia también hay un ejemplar cuya fibra se teje, pero no es un árbol, sino una corteza o planta rastrera (φλοιός, ἀλλὰ χαμαίζελος ἢ βοτάνη)⁵.

Bajo el punto de vista geográfico, creo que es la cita más concreta de Estrabón, junto a la de la isla cercana al Tajo (III,3,1), pero, al contrario que en dicha isla, aquí no se trata de la descripción de un paisaje. En realidad, Estrabón: habla de Gádira, hace una descripción actualizada y práctica, con datos geográficos, económicos, políticos y religiosos (III,5,3), entra en su tradición mítica (III,5,4-6, Gerión, fundación de la ciudad, razones de su nombre), alude a fenómenos hídricos relacionados con pozos y mareas (III,5,7-9), en una explicación demasiado larga, erudita e innecesaria en el

⁴ El de Gádira podría ser la *Dracone draco* o drago, que actualmente existe sólo en Canarias, de donde posiblemente es originario, aunque su presencia en Cádiz puede relacionarse con la navegación. Su jugo se llama sangre de dragón y se usó en tintes, y no sale de su raíz, sino del tronco. García y Bellido (1945) 1968: 203, n. 357; Jones, 1988: 154, n. 3; Lasserre, 1966: 96, n. 1; Meana y Piñero, 1992: 131, n. 318. El egipcio podría ser la *Salix babylonica* o sauce llorón. García y Bellido (1945) 1968: 203, n. 357; Jones, 1988: 155, n. 5; Lasserre, 1966: 202, n. 96.3; Meana y Piñero, 1992: 131, n. 320.

⁵ Sobre el de Nueva Carquedón, unos piensan que sería la *Chamaerops humilis* (García y Bellido [1945] 1968: 203, n. 358; Jones, 1988: 154, n. 4) y otros creen que se trata de la *Hyphaena thebaica* o palmera doum (Lasserre, 1966: 202, n. 96.2; Meana y Piñero, 1992: 131, n. 319), aunque no debemos olvidar que en el norte de África recibe el apelativo popular de doum no sólo la *thebaica* egipcia, sino la *dactylifera* que crece espontáneamente por la región. Al de Capadocia Lasserre, 1966: 202, n. 96.4 y Meana y Piñero, 1992: 131, n. 321 lo identifican con la *Chamaerops humilis* o palmito, variedad rastrera de la doum, de la que se saca una crin vegetal.

contexto en que se incluye) y finaliza su relato (III,5,10) con otro detalle curioso, como es la existencia de ese árbol exótico; es, recordémoslo, un apéndice descontextualizado e innecesario en la descripción de la isla.

En lo relativo al árbol gaditano hay acuerdo en que se trataría del draco. No ocurre lo mismo en lo que respecta al de Nueva Carquedón (palmera o palmito). El párrafo, además, es bastante confuso, estructurado de la siguiente forma:

- Existencia de un árbol gaditano que los autores actuales coinciden en que pudo ser la *Dracaena draco*⁶.
- Existencia de un árbol en Nueva Carquedón de cuyas espinas se obtiene una fibra que se utiliza en la fabricación de tejidos.
- Estrabón conoce directamente un árbol de Egipto que se parece al gaditano.
- En Capadocia existe otro similar al de Nueva Carquedón en la utilización de sus fibras, pero es un arbusto o planta rastrera. Quizás esta precisión indique que Estrabón conocería directamente este árbol capadocio; del de Nueva Carquedón sólo tiene referencias indirectas.

La información que nos transmite Estrabón sobre el árbol de Nueva Carquedón es, en realidad, muy escasa, ya que se limita a calificarlo como δένδρον y a decir que sus espinas desprenden una fibra con la que se fabrican tejidos (Estrabón no es botánico y, como cualquier profano, puede llamar “árbol” a una especie vegetal que alcance una altura relativa, aunque técnicamente sea una planta o un arbusto. Ni siquiera Teofrasto establece un *corpus* de plantas claro). El único que podemos confirmar que Estrabón vio es el egipcio, que vincula al árbol gaditano; es obvio que, si estuvo en Egipto, no sólo vería la *Salix babilonica* o sauce llorón, sino también un árbol tan característico de la zona como la palmera doum o *Hyphaena thebaica*, con un porte general muy diferente al de las demás palmeras comunes⁷ y que se

⁶ La información de Posidonio, la más segura fuente estraboniana en este punto, puede ser autopsica. El árbol egipcio fue visto por Estrabón y sobre el de Capadocia no se puede asegurar una visión directa, pero el autor nació relativamente cerca de este territorio y pudo visitarlo. Sobre el draco, el árbol gaditano y la vinculación de éste con la tradición gerionea, ver la recopilación de textos al respecto particularmente en THA IIA: 91, 110, n. 223 y THA IIB: 588, 730, 812, 993, con bibliografía específica.

⁷ Plinio la estudia principalmente en el libro XIII, 6-26 a 9,50 de su *Historia Natural* (dedicado a los árboles exóticos: no es espontánea en Italia ni en ninguna región del globo salvo en las zonas tórridas, que son las únicas en las que fructifica, XIII,6,27); se nos dice que Judea es famosa por sus palmeras (*palma*), que existen también en Europa y un poco por toda Italia, pero estériles; las de las costas hispanas fructifican, pero los dátiles no son dulces. Desde Plin., *HN*, XIII,6,26 a XIII,7,28 se describen las características generales de estas palmeras estériles (que dan muy mal fruto en *Hispania*), y esta descripción nos recuerda bastante a la *Chamaerops humilis* (aunque no hay una alusión directa a la misma en Plinio), la única autóctona en Europa. La segunda cita pliniana a palmeras hispanas (*banc et palmetis caryotas ferentibus*) se ubica en las Islas Afortunadas (VI,37,205), y define una palmera de buen fruto, variedad de la *Phoenix dactylifera*, de tallo más grueso y hojas más verdes que, como ésta, produce frutos, *caryota*, comestibles. La *Phoenix dactylifera* abunda en el norte de África y puede darse cultivada en el litoral peninsular y en parques de las regiones templadas; en España las palmeras datileras sólo se dan bien (y cultivadas) en la zona de Elche y corresponden en su mayoría a la época de la dominación árabe. Creemos que no hay ningún dato

puede considerar una planta arbustiva al alcanzar 15 m en los mejores casos; es, con todo, distinta a la *Chamaerops humilis* (Teofr., II,6,10-11), que no superaría los 2-3 m salvo en el caso de la variedad excelsa, originaria de China central, muy utilizada en jardinería y que alcanza los 6-10 m. El carácter autóctono de la *Chamaerops humilis* (usada en la fabricación de tejidos), la presencia en Iberia de la *Phoenix dactylifera* (siempre que sea cultivada), los orígenes púnicos de Nueva Carquedón, la ausencia de la doum egipcia en la Península Ibérica y la ambigüedad del texto estraboniano nos hacen inclinarnos, en principio, por la primera (productora de fibras usadas en tejidos), pero, admitiendo que el texto parece aludir a ejemplares dignos de mención individualizada, podemos admitir la *dactylifera* (común en el norte de África y fácilmente adaptable al Mediterráneo septentrional mediante cultivo); sólo llevando al extremo el carácter exótico de los árboles descritos en este capítulo (que creemos sólo aplicable al de Gádira, productor de “leche” y “sangre”) entenderíamos la presencia de la *thebaica*. La referencia, además, se encuadra más en un contexto histórico-mítico-cultural que botánico.

2.2. Paisajes sugeridos

Por una parte, la toponimia ofrece nombres como Oleastron (Ὀλεάστρον, III,4,6) o Pitiusas (Πιτυούσσας, III,5,1), que recuerdan al acebuche y al pino, ambas especies muy comunes en la Península Ibérica. El primer topónimo es sólo uno más integrado en una descripción general de la costa levantina (se repite en otras ocasiones; Tovar, 1974: 49-50; *idem*, 1989: 291, 448); del segundo, otros autores nos informan de que recibe ese nombre griego por las características de su vegetación, que aún se aprecian en tiempos de Plinio (III,10,76)⁸.

Otra información sugerida, pero más palpable, se nos presenta en la descripción de los productos exportados por Turdetania (III,2,6); cereal-vid-olivo, y también cera, miel, pez y mucha cochinilla, todos ellos productos vinculados al mundo vegetal, y bien definidos en el caso de los dos últimos (πίττα, κόκκος πολλή) que aluden al pino (al aludir a

que apunte con normalidad a la presencia de la *Hyphaena thebaica*, y, aunque las fuentes tampoco citan directamente a la *Chamaerops humilis*, pensamos que su presencia o la de la *Phoenix dactylifera* son más lógicas en la zona de Nueva Carquedón. *Thebaica* y *Chamaerops* son, además, perfectamente diferenciables desde la antigüedad: Plin., XIII,8,38 y 9,47-49 (sobre la *thebaica*) y XIII,728 y 9,39 (sobre la *Chamaerops*); Teof., *HP*, I,10,5 y II,6,10 (*thebaica* egipcia) II,6,11 (*Chamaerops humilis*). Ver también Ruiz de la Torre, 1979: 441-443, n.^{os} 124, 125, que incluye en su compilación la *Chamaerops humilis* y la *Phoenix dactylifera* (con su variedad canaria) como palmeras existentes en la Península Ibérica, sin aludir a la doum (egipcia).

⁸ Fontán, 1998: 45, n. 86, explicando la etimología griega y fenicia relativa a los nombres de las islas Baleares. Otras citas plinianas alusivas al pino lo ubican en las Islas Afortunadas (VI,37,205) y nos informan sobre la pez hispana, peor que la del *Bruttium* (XIV,25,127). Plinio, más interesado que Estrabón, habla del pino piñonero y del marítimo o rodano. El marítimo (Plin., XVI,16,39) es un pino salvaje, resinero por excelencia y productor de pez (Plin., XIV,25,127; XV,9,36; XVI,16,38-39 y 33,80). Es el más común en la Península Ibérica (Ruiz de la Torre, 1979: n.^{os} 8, 9). Plinio se extiende sobre los árboles resineros y el tratamiento de la resina-pez fundamentalmente en su libro XVI (16,38 a 23,69), aunque también hay alusiones en otros (XIV,25,122-130; XXIV,22,32-33).

la pez) y a la encina⁹. También se nos dice que sus barcos se construían únicamente con maderas autóctonas (ἔπιχ-ωρίως ὕλης). El párrafo nos refleja un paisaje cultivado y domesticado; cultivado por los productos básicos que se citan (trigo, vino, aceite) y domesticado (o alterado) por la influencia del hombre sobre el medio, obteniendo cera, miel, pez, cochinilla y maderas para la construcción naval. Hablamos de paisaje sugerido por las alusiones a la pez (III,2,6, que implicarían la presencia de pinos, igual que el topónimo Πιτυόσσας) y su tratamiento (Bernal y Petit, 1999: 272-292; Drew-Bear, 1995: 3-9; García Ramón y García Blanco, 1991: 179), tanto con vistas a la exportación (como aquí se constata), como en las múltiples aplicaciones que tiene (básicamente el calafateado de los barcos) y muy vinculada a la existencia de árboles y bosques. Estrabón también la cita en los Alpes, junto con resina, en la Céltica Cisalpina (IV,6,9 y V,1,12), y, en gran cantidad, en Cólquide (XI,2,17).

Κόκκος πολλή alude a la abundancia de cochinilla que, a pesar de ser un insecto, debemos entenderla aquí como se hacía en la antigüedad¹⁰. Plinio abunda más en informaciones sobre el quermes hispano; IX,65,141: el quermes (*coccum*) o grana roja de Galacia, o el de Lusitania, cerca de *Emerita*, es el más apreciado; XVI,12,32: el *coccum* es un grano que aparece en la *ilex* de hoja pequeña; al que se llama *cusculium*. A los pobres de *Hispania* les proporciona la mitad de su tributo; XXII,3,3: para teñir las telas se utilizan tintes vegetales; entre ellos está el quermes (*grani coccum*) de Galacia, África y Lusitania, reservado para los mantos de los generales, aunque Dioscórides (IV,48) considera que el grano tintóreo hispano es el de menor calidad. Es obvio que Plinio lo valora como un producto de lujo, apreciado y reconocido en el Imperio, aunque su calidad sea menor que la del múrex (Plin., IX,60-65,124-141). Las tres citas plinianas son claras en su alusión al *coccum*, lo que nos lleva obligatoriamente a la *Quercus coccifera*, que es definida como *parvae aquifoliae ilex*, lo que afianza la idea de que alude a la coscoja, variedad de la carrasca. También Estrabón se estaría refiriendo al tinte vegetal que se obtenía de la *Quercus coccifera* o coscoja, más apreciada en este sentido que como alimento; también da una bellota, pero de menor calidad que la de la *Quercus ilex* (posiblemente la citada con fines alimenticios que veremos en el apartado siguiente).

Como hablar de *coccum* en época romana implica hablar de encina, en particular de la *Quercus coccifera*, podríamos

⁹ Ver n. 2 y texto al que se refiere. Ambas especies, pino y encina, forman el fondo de paisaje en muchas regiones, y su existencia desde tiempos inmemoriales nos viene confirmada tanto por los agrónomos antiguos y modernos, como por los análisis polínicos realizados en diversos lugares. Beal, 1995: 11-25; Duprè, 1985: 275-280; Larrère y Nougarede, 2000: 15; López, 1994: 23-35. Ambas aparecen también en las fuentes agrimensorias como elemento constitutivo de límite en las zonas cultivadas: Sic. Flac., *De Contr. Agr.*, Th. 102, 107-108.

¹⁰ Aun sabiendo que el tinte procedente de la encina coccífera no es un tinte vegetal, sino producido por el quermes, insecto parecido a la cochinilla que vive preferentemente en la coscoja y que fue confundido durante mucho tiempo con las agallas del árbol, hemos mantenido la creencia de que se trata de un tinte vegetal para integrarlo en el contexto en que se vería en la antigüedad. Ver André, 1985: 70, 82. *Cusculium* es el nombre sardo-ibérico-africano de este grano, como se ve en el español coscoja, el vasco *koskoil* y el berebere *iquesqusen* (André, 1962: 111, n. 32.1); Teofr., *HP*, III,7,3; 16,1 recuerda también este uso.

decir que este paisaje de encinar (tan común hoy día en nuestra tierra) está más definido que sugerido; hay otra referencia estraboniana relativa a tinturas vegetales (III,4,16), pero aludiría, en este caso, a raíces de plantas diversas de las que se podría extraer algún tipo de tinte, ya que el *coccum* era identificado con una especie de baya, no con una raíz; igualmente alude Plinio a la utilización de tintes vegetales para teñir las telas (Plin., XXII,3,3).

Recogemos, pues, dos referentes toponímicos (III,4,6 y III,5,1), dos alusiones a productos derivados del pino y la encina y un genérico referido a la abundancia de madera (III,2,6). El interés estraboniano se vincula a la descripción de ciudades y de aspectos económicos; la vegetación es, de nuevo, un instrumento para ello.

2.3. Paisajes definidos

Consideramos dos tipos de paisajes definidos. El primero estaría integrado por aquellos paisajes vegetales de los que conocemos con seguridad la especie que los forma (III,2,7 y III,3,7 citan la encina, único árbol nombrado). En el segundo grupo integramos, por una parte, alusiones generales a bosques ubicados en regiones muy amplias o mal definidas (III,1,2; 2,9; 4,13) y, por otra, zonas boscosas sitas en un espacio bastante concretado (III,2,3; 3,1; 4,2; 4,10; 4,11).

2.3.1. Alusiones directas a amplios encinares: los atunes se nutren de ciertas bellotas de encina (βαλάνω δρυνη) rastrera que se cría en el mar; este árbol se da también profusamente en el interior de Iberia, y, aunque tiene raíces muy grandes, como las de una encina (δρυός) completamente desarrollada, su tronco es menor que el de una pequeña (III,2,7). Ambas citas (III,2,7, III,3,7) combinan dos vocablos, δρυός y βάλανος, que designan respectivamente al árbol y al fruto. Δρυός-υός: primitivamente todo árbol; en particular, del género *Quercus*; de una forma secundaria y especificada, el fruto podría designar a otros parecidos a la bellota (dátil, almendra... sentido en el que entendemos la alusión a la bellota marina). Lasserre (1966: 189, n. 39.7; ver también Meana y Piñero, 1992: 59, n. 79) opina que la encina marina de Estrabón es el alga llamada *Fucus vesiculosus*, que genera vesículos análogos a bellotas y da cobijo a las almejas de la púrpura (el párrafo cita buccinas y múrices), muy apreciadas por los atunes, y con las mismas virtudes tintóreas que la *Quercus coccifera* (ver Plin., XIII,137); tal vez esta doble coincidencia es la que motivó esta relación entre encinas marinas y de interior. Estrabón liga en él riqueza pesquera, múrices, encinas marinas y encinas terrestres de pequeño tamaño, por lo que creemos acertada la observación de Lasserre, ya que esa pequeña encina describe bien a la *Quercus coccifera*, que alberga al quermes, con lo que todos los elementos estarían interrelacionados. También la exportación de cochinilla confirma su alta producción, destacando Plinio su calidad¹¹.

¹¹ Por los datos aportados por Plinio (XVI,8,19), podemos distinguir el roble (*robur*), encina pedunculada (*Quercus*), encina de Farnetto (*aesculum*), encina peluda (*cerrus*), alcornoque (*suber*) y carrasca (*ilex*), existiendo dos clases de *ilex*, una italiana, semejante al olivo, y otra de provincias, que tiene la hoja picante. André, 1962:

La segunda cita habla claramente de una bellota usada en alimentación humana y, aunque es obvio que se pueden consumir todo tipo de bellotas, la *Quercus ilex* es más apta para ello que la *coccifera*. Carrasca y coscoja eran (y son) muy comunes en la Península Ibérica, la primera como fuente de alimentación humana y la segunda con un carácter más económico y comercial; ambas son recordadas por Plinio y Estrabón, por sus beneficios y su abundancia. Estrabón, refiriéndose a los pueblos montañoses, nos dice que durante dos tercios del año se nutren de bellotas (δρυοβάλλανοι) que, secas y trituradas, se muelen para hacer un pan que se conserva mucho tiempo (III,3,7). Plinio (XVI,6,15) habla de bellotas (*glandes*), sin concretar la variedad de encina, que en *Hispania* se toman como alimento humano, y que, asadas en ceniza, son más dulces. Parece que podría tratarse de la *Quercus ilex*, quizás la variedad *ballota* (André, 1962: 106, n. 15.1; *idem*, 1985: 130); la bellota era común en la alimentación de los pueblos del N y NW peninsular y está probado su consumo en castros.

Con todo, la afirmación estraboniana de una alimentación tan básica durante dos tercios del año es excesiva, por mucho que pretenda aplicarla a los pueblos montañoses. Vázquez Varela ha comprobado que estas gentes comían bellotas, pero también trigo, mijo, habas, guisantes, vino a veces, vacuno, ovino, caprino; en ocasiones jabalí y ciervo, y, en comunidades costeras, pescado y marisco. Una comida, pues, diversificada y equilibrada. Estrabón prescinde de esta realidad e integra la alimentación de estos pueblos en su discurso ideológico (la bellota es el alimento de los cerdos y de los bárbaros). Tiene tanto valor nutritivo como los cereales y su obtención y transformación es más fácil, rápida y sencilla, pero, al ser una actividad recolectora, está menoscabada respecto al cultivo del cereal que, además, es el alimento de los pueblos civilizados. Bermejo añade que, si bien la civilización no depende exclusivamente del clima, la dieta sí lo hace en mayor grado. Clima templado y suelos fértiles se asocian a vid, cereal, olivo y frutales, y en el norte se da la contraposición de esto: pan de bellotas, cerveza y mantequilla. La mantequilla se usa en los pueblos civilizados, pero no en exceso ni como sustitutivo del aceite; la cerveza es bebida de bárbaros, pero también son muy aficionados al vino (aunque en exceso, lo que no es civilizado). Bermejo sostiene que Estrabón omite voluntariamente la alusión al cereal, para justificar la intervención romana sobre un modo de vida agreste e incivilizado (Bermejo Barrera, 1986: 23-25, que incluye: Vázquez Varela, *Apéndice I*. Dieta real y dieta imaginaria: 231-239). No contradicen la abundancia de encinas los diversos estudios polínicos conocidos en distintas zonas, no sólo en *Hispania*, sino en otros muchos lugares del entorno mediterráneo. Respecto al ambiente típico del bárbaro, la foresta, es cierto que aísla, pero también que

alimenta (Fedeli, 1990: 28-30). Con todo, sólo en estas dos citas Estrabón nombra específicamente una especie arbórea (incluso describe forma y uso), pero lo hace al servicio de su visión etnológica de los montañoses y del contraste entre éstos y el “mundo civilizado”, representado por el cereal y el vino. La encina, por su frecuencia en la Península, define un fondo de paisaje aplicable a amplios sectores de la misma (la zona montañosa de la sierra de Córdoba recibía en época árabe el nombre de Fahs-al-ballut).

2.3.2. Alusiones generales a bosques: a pesar de las breves referencias de los autores antiguos a los bosques hispanos, no creemos que esto refleje una deforestación agresiva, sino sólo de los ruidos de los hábitats (de forma proporcional a su amplitud y población) y en zonas específicas como parte de una planificación más propia del poder que de los particulares (minería, industria naval, guerra...). Ciertamente que desde que el primer hombre arañó la tierra, podemos hablar de deforestación, pero ésta no sería un proceso lineal, sino cíclico, con momentos de exceso y de moderación; cierto también que la madera era una fuente de energía y una materia prima imprescindible para la vida (González González de Linares, 1999: 432-450; Harmand, 1985: 141-154; Hughes, 1994: 3-9. Estudios estadísticos sobre consumo de madera: Bender, 1994: 151; Clavel-Lévêque, 1989: 171, n. 1; Perlin, 1999: 129), pero lo generalizado era el uso, correspondiendo el abuso a unas élites bien retratadas por Plinio, Séneca, Marcial...

Para definir al bosque como tal, Estrabón utiliza en los textos recogidos dos términos, δρυμός y ὕλη¹². Intentamos marcar una diferenciación en las citas estableciendo masas boscosas más o menos amplias y definiendo áreas geográficas coherentes con la ideología estraboniana de civilización-ciudad, barbarie-bosque, pero no hay una preferencia por el uso de uno u otro término, ya que ambos aparecen tanto en zonas “civilizadas como salvajes”. Por tanto (aceptando momentos en que esta equivalencia es posible), hemos optado por distinguir entre alusiones vagas y concretas (área abarcada-definición de la misma), que nos ha parecido más viable.

Estrabón opina que la mayor parte de su territorio ibérico es inhóspito por la abundancia de montañas, bosques (δρυμοί) y llanuras de suelo pobre y desigualmente regado; pero, matiza que esto cuadra mejor con el norte, mientras el sur es muy fértil, sobre todo fuera de las Columnas (III,1,2). Una segunda opinión, de carácter más bien mítico, es una leyenda que recoge Posidonio (Estrabón lo duda) que narra que, al incendiarse los bosques (δρυμοί), se derritió el metal y afloró a la superficie (III,2,9); se enclava dentro de la descripción de Turdetania y, muy genéricamente, de las minas de este territorio, pero hay también quien ha querido ver una relación etimológica con el nombre de los Pirineos

107, n. 19.1 opina que la *ilex* italiana sería la carrasca (*Quercus ilex*) y que la *ilex* provincial de hoja picante (*aquifolia*) sería la coscoja (*Quercus coccifera*), que no crece en Italia, pero sí en Portugal, España, Galia y África del norte (lo que justifica su apelativo de “provincial”). Además, la coscoja tiene las hojas más pequeñas y espinosas que la carrasca, lo que nos permite distinguir mejor ambos árboles (Plin., XVI,12,32: *parvae aquifoliae ilicis*). Esto no implica que la *ilex* definida como italiana no exista en provincias; de hecho, la clasificación actual recoge, dentro de la *Quercus ilex* hispana, dos subespecies, la *ilex* propiamente dicha, que es muy común en la mitad norte de España, y la *rotundifolia*, que es más propia de la mitad sur peninsular, según Ruiz de la Torre, 1979: 263-265.

¹² Δρυμός designa normalmente al bosque o monte tallar. Ὑλη define al bosque alto y cerrado en zonas templadas y, en zonas cálidas, a la selva tropical. Podemos establecer una jerarquía de la vegetación en el paisaje, con correspondencias en el mundo griego y romano: κήπος = *hortus*, νέμος = *nemus*, ἄλσος = *lucus*, δρυμός = *saltus* y ὕλη = *silva*, pero estas equivalencias no son tan precisas cuando distintos autores utilizan los vocablos. Los tres últimos aparecen en nuestro estudio pero ni siquiera el ἄλσος = *lucus*, que designaría un espacio arbolado sagrado, tiene por qué entenderse estrictamente así (Montepaone, 1993: 69-70; Jacob, 1993: 32-33; Scheid, 1993: 13-19).

(Πυρήνη, que derivaría de πῦρ). Del tema hablan Posidonio y Diodoro Sículo, y la leyenda de Pirene la recogen Silio Itálico y Dionisio de Halicarnaso (Gómez Espelosín, Cruz Andreotti y García Quintela, 2007: 184, n. 64; referencias en *THA IIB*: 557 y n. 1064, 600-601 y n. 1209, 691, 723). Otra alusión, algo más concreta, pero geográficamente vaga, nos dice que los iberos, salvo los de las costas mediterráneas, son salvajes... y la mayor parte habita en el bosque (III,4,13: ὕλη) y amenaza la tranquilidad de sus vecinos.

Estas tres citas ofrecen una descripción genérica de Iberia (III,1,2), un relato mítico sobre la riqueza minera de algunas zonas (III,2,9) y una descripción de los hábitos de vida bárbaros, aplicada a aquellos iberos que no habitan las zonas cercanas a la costa mediterránea (III,4,13). Las dos primeras usan δρυμός, sin adjetivo que lo matice (III,4,10, también en solitario) y la tercera ὕλη, que, quizás definiendo la misma realidad boscosa, afianza el carácter selvático y bárbaro con que se pretende retratar a estas poblaciones: por una parte, este vocablo aludiría a un espacio boscoso de mayor entidad y más salvaje que el anterior; por otra, no se acompaña de ninguna palabra que dibuje mejor el paisaje, con lo que la descripción es algo vaga (sólo en otro caso, III,2,6, donde ὕλη equivale a “madera”, el vocablo aparece solo, mientras que en los que designa al bosque, III,4,2 y III,4,11, va acompañado de otros que lo completan).

Se pueden integrar las tres referencias en la ya conocida filosofía estraboniana sobre civilización-ciudad y barbarie-bosque (certeramente recogida en III,4,13; Castro Páez, 2004; Counillon, 2007: 72; Thollard, 1987): se hace una descripción muy genérica y tópica, pero que define perfectamente un territorio hispano mal conocido aún por las fuentes de Estrabón. Las alusiones a los árboles están, de nuevo, al servicio de la concepción etnográfica del autor (García Quintela, 2007: 67-112), no teniendo un valor especial por sí mismos. Si prescindimos del caso en que ὕλη equivale a madera, no hay una preferencia en el relato por el uso de esta palabra o de δρυμός, lo que se comprende, en parte, por el hecho de que no es autopsico. Pero si el dato cuantitativo no es destacable, sí lo es el cualitativo, ya que el término ὕλη aparece en varias ocasiones acompañado de apelativos, mientras esto no se da en el caso de δρυμός (que, además, designa siempre realidades geográficas y paisajísticas más vagas).

2.3.3. Alusiones concretas a bosques: cinco referencias geográficas subdivididas en dos grupos. Por una parte, la detallada descripción de las riberas del Betis (III,2,3) y de una isla cercana a la desembocadura del Tajo (III,3,1); por otra, tres alusiones a zonas boscosas (III,4,2; 4,10; 4,11), con un carácter más silvestre que las del primer grupo y distintas también a las del apartado anterior, al definir mejor sus límites geográficos.

III,2,3. Las riberas del Betis están cultivadas con gran esmero, y ofrecen a la vista extensiones cuidadosamente explotadas con bosques (ἄλσος) y todo tipo de plantaciones (φυτουργία)¹³. Cierra Estrabón esta descripción de las

¹³ Mientras el término φυτουργία alude a un paisaje arbóreo alterado por la acción del hombre (tanto con árboles cultivados como silvestres), la definición de ἄλσος en este caso no está tan clara. Suele

tierras aledañas al Betis repitiendo que, en su margen derecha, se extiende una llanura extensa, elevada, fértil, con grandes árboles (μεγαλόδενδροι) y pastos. Ésta es la ocasión en que vemos juntos más vocablos distintos relacionados con un paisaje arbóreo, pero, paradójicamente, se trata de un espacio parcialmente domesticado (ἄλσος, φυτουργία), ubicado en uno de los sectores más ricos de Turdetania. Los términos ἄλσος, φυτουργία aparecen sólo en esta ocasión, y μεγαλόδενδρον también en III,4,2 (en un contexto igualmente bético, pero, ahora sí, claramente silvestre). Es un paisaje de civilización y florecimiento económico, enclavado en Turdetania y en las cercanías del Betis, la zona más romanizada del territorio.

III,3,1. En un estero del Tajo hay una isleta con hermosos bosques y viñedos. El término utilizado (εὐαλδές)¹⁴ para definir la masa arbórea silvestre (en oposición a las bellas viñas, ejemplo de paisaje cultivado) implica una vegetación lujuriente. La descripción, aunque breve, parece seguir el esquema de la que se hace de los esteros del Betis, las riberas del río y la navegación fluvial, enclavándose también en un paisaje general conocido bien por los romanos desde las expediciones de Bruto y dominado por el hombre. De todas formas, el término utilizado para definir la zona silvestre se adecuaba más a las descripciones de los espacios transoceánicos, aplicando los tópicos conservados en la memoria colectiva, de paraísos cálidos, fecundos, grandiosos y amables, aunque el acceso a este pequeño vergel sea más real que el camino que conducía, por ejemplo, a las Islas Afortunadas (Aujac, 1966: 268-268; Gómez Espelosín, 1999: 63-79; Gómez Espelosín, Pérez Largacha y Vallejo Girvés, 1995: 73-79). A nivel geográfico, es la referencia al paisaje silvestre más concreta que encontramos (Str., III,5,10 también alude a lugares muy definidos, pero describiendo árboles concretos y aislados, por lo que no es un paisaje propiamente dicho), pero no pasa de ser una referencia amable en un relato centrado en el papel estructurador del Tajo y el avance militar romano en la zona.

III,4,2. Partiendo de Calpe, cruza la Bastetania y la Oretania una cordillera cubierta de densos (δασύς-εἶα-ύ) bosques (ὕλη) de corpulentos árboles (μεγαλόδενδροι) que separa la zona costera de la interior (se trataría de la

designar a los bosques sagrados, pero admite una definición más lúdica como parque o paseo; de hecho, ninguna de las ediciones de Estrabón consultadas lo traduce en su sentido religioso. Jacob (1993: 32-33 y 40-44) analiza bien esta dualidad al considerarlo un lugar donde se funden naturaleza y artificio (templos, estatuas...), con sectores domesticados y agrestes; próximo a las ciudades y de fácil acceso; con árboles frutales, aromáticos o paisajísticos (predominantes, al ser más fuertes y longevos). Así es como se convierte en el *locus amoenus* que podría ser en este caso. Los agrimensores recogen también la convivencia cultivo-plantación o cultivo-bosque en la proximidad de las ciudades; Sic. Flac., *De Cond. Agr.*, Th. 108-109, 113-114.

¹⁴ El término implica una vegetación frondosa, vigorosa, y en este sentido lo traducen las ediciones de Estrabón consultadas, salvo García y Bellido, que habla de olivos y viñas, perdiéndose así el contraste entre vegetación asilvestrada y zonas cultivadas. Respecto a la ubicación de la isla y la ciudad de Morón, unos la sitúan en Almourol y otros en Almeirim, distantes unos 35 km (Tovar, 1976: 265; Meana y Piñero, 1992: 77, n. 135; García y Bellido [1945] 1968: 109, n. 171; Jones, 1988: 63, n. 3; Gómez Espelosín, Cruz Andreotti y García Quintela, 2007: 205). Una cita directa de Sic. Flac., *De Cond. Agr.*, Th. 116, habla de convivencia de viña y plantaciones; otros hacen referencia a *silvae* integradas dentro de las propiedades: Higin., *De Limit.*, Th. 76.

cordillera Bética, con su punto más destacable en Sierra Nevada. Tovar, 1974: 26-27; *idem*, 1989: 26-30).

III,4,10. La cordillera llamada Oróspeda, se extiende desde la mitad de la costa mediterránea, se desvía hacia el sur y la costa que empieza en las columnas; atraviesa el campo espartario y luego enlaza con el bosque (δρυμός) sito en el interior, entre Nueva Carquedón y la zona cercana a Málaga¹⁵. La primera cita describe la región entre el Estrecho y, al menos, Ábdera, incidiendo en su riqueza económica, sus ciudades y una descripción paisajística clara (densos bosques de corpulentos árboles); prosigue Estrabón con una disertación sobre las fundaciones míticas, Homero y el individualismo de los iberos (III,4,3-5), hasta llegar a Nueva Carquedón (donde recuerda la cadena montañosa entre esta ciudad y Málaga, III,4,6); después describe la ciudad, el Sucron, Sagunto, Íber, Tarracon, Emporio, Rodo y la Vía Augusta (III,4,6-9). La segunda cita retoma la descripción de la costa desde las Columnas hasta la frontera de los iberos con los celtas; alude a dos cordilleras, Idúbeda y Oróspeda, esta última con un bosque (δρυμός) interior entre Nueva Carquedón y Málaga, mientras la región más al norte de Nueva Carquedón está desprovista de vegetación (es el mismo territorio de III,4,2, pero desde el norte). Salvo esta escueta mención a la Oróspeda (simple ubicación geográfica), el resto del capítulo (bastante extenso) describe con detalle la Idúbeda, con alusiones geográficas, hidrográficas, históricas, pueblos, ciudades... más o menos el mismo esquema que en III,4,2 se seguía para la región del sur.

La primera de ellas utiliza el término ὕλη, que implicaría un paisaje más selvático que δρυμός, que es el vocablo que se utiliza en la segunda. Ὑλη se acompaña de apelativos que completan y redefinen el paisaje (densidad-corpulencia), y δρυμός aparece solo. En mi opinión, quizás las zonas selváticas de estas dos citas (y III,4,6) pertenecen para Estrabón a un mismo territorio (Málaga-Cartagena) y el motivo por el que no se define con más claridad en III,4,10, es porque ya se ha hecho en III,4,2. Se usan, sí, vocablos distintos para nombrarlo (tal vez por el ángulo desde el que se mira: Málaga-Nueva Carquedón o Nueva Carquedón-Málaga), pero, como hemos dicho, el contexto no es el mismo, y δρυμός, como en las otras dos ocasiones en que lo hemos recogido, define un paisaje vago o desconocido (los dos primeros casos) o secundario (el presente, inserto en un contexto orográfico). Estrabón usa el término δρυμός en referencias genéricas a Iberia, en un ámbito legendario y en esta alusión secundaria. Respecto a ὕλη, analizaremos III,4,11 antes de definir la palabra.

¹⁵ La cordillera en que está esta región boscosa es la Oróspeda, que unos identifican con los sistemas Sub-bético y Penibético (Meana y Piñero, 1992: 101, n. 233) y otros con el tramo inferior del Sistema Ibérico (García y Bellido [1945] 1968: 143, n. 243, para quien la región concreta de la zona selvática es Sierra Nevada y la Serranía de Ronda, 145, n. 244). Tovar (1989: 30-31) y Gómez Espelosín, Cruz Andreotti y García Quintela (2007: 442-443), como nosotros, encuentran problemática la delimitación del territorio de la Oróspeda, al menos tal y como Estrabón la describe. Varias son las referencias de los agrimensores a la explotación de los bosques en zonas cercanas a las ciudades o en las montañas; dada la abundancia de ciudades en este sector y al grado de civilización alcanzado, parte de este bosque pudo ser explotado provechosamente por el hombre: Front., *De Contr.*, Th. 6; Higin. Grom., *Const. Lim.*, Th. 161-166-167; Sic. Flac., *De Contr. Agr.*

III,4,11. Frente a la deforestada parte céltica, la vertiente ibérica del Pireneo tiene bosques con magníficos árboles de todas las especies, sobre todo de hoja perenne, que habitan básicamente los cerretanos, pueblo del Pirineo Oriental (Tovar, 1989: 44-45). Ἰβηρικὸν πλευρὸν εὐδενδρὸν ἔστι παντοδαπῆς ὕλης καὶ τῆς ἀειθαλοῦς. En dos ocasiones hemos recogido el término ὕλη desprovisto de calificativos: significando "madera" (III,2,6) y aludiendo a los pueblos montañoses y bárbaros (III,4,13, como potenciador de esta imagen de barbarie); en otras dos aparece acompañado de epítetos que lo completan y definen: al describir la zona entre Calpe y Sexi (III,4,2) y al hablar de la vertiente ibérica del Pirineo (III,4,11). Si recordamos la dicotomía civilización-barbarie presente en Estrabón, si añadimos el hecho de que las zonas peor definidas son también las menos conocidas por el autor y si aludimos concretamente a lo que él mismo dice en el sentido de que sólo la costa mediterránea de la Península se puede considerar no bárbara (III,4,13), llegamos a la conclusión de que no importa tanto la palabra que utilice para definir el paisaje silvestre, como la forma en que la adorne. Ὑλη acompañado de epítetos va siempre referido a las zonas más civilizadas, al igual que los términos: εὐαλδέες, εὐδενδρον, μεγαλόδενδρον, φυτουργία, ἄλσος, ο, en otro sentido, κόκκος y πίττα. Estas referencias estrabonianas se ubican en el Betis, Tajo, Oróspeda, Idúbeda y Pirineo, lo que nos informa sobre dos hechos diferentes. Primero, pinta el cuadro diseñado por la tradición para los lugares civilizados: fertilidad, naturaleza ordenada, uso adecuado de recursos, bosque productivo... pero, en segundo término, incluye el topos del confín: territorios inmensos, bosques espesos, ríos caudalosos... en un paisaje impactante y sobredimensionado (Gómez Espelosín, Pérez Largacha y Vallejo Girvés, 1995: 105-106). Estrabón (II,1,30) delimita el espacio geográfico con elementos naturales (mar, río, montaña) y, en la Península Ibérica, el valor de los ríos (sobre todo occidentales) y las montañas como elementos estructurales del territorio es una constante (Beltrán Lloris y Pina Polo, 1994; Counillon, 2007; Pelegrín Campo, 2003; Pérez Vilatela, 1991, 2000; Prontera, 2007).

En este apartado se nos describen bosques propios de pueblos civilizados, con apelativos laudatorios; es una visión casi idílica del bosque, cuyos recursos (pez, cochinilla y madera turdetanas), se usan en la forma propia de los países avanzados, o sea, al modo griego y romano. Esto contrasta con las alusiones en un entorno bárbaro, en las que el bosque aparece desnudo de apelativos y sólo se define como cobijo de montañoses y entorno perjudicial para los pueblos civilizados. Junto a un paisaje domesticado por el hombre (riberas del Betis y, en menor medida, la isla del Tajo), aparece otro boscoso, donde la intervención humana no es tan patente, y que podemos dividir en dos grupos: un bosque silvestre, donde la acción del hombre se hace notar mediante la explotación racional de los recursos (descrito, admirado y adjetivado por Estrabón), y un bosque salvaje, donde el aprovechamiento de los recursos es primario e incivilizado (por el que Estrabón pasa casi sin detenerse); la diferencia entre ellos está, no en el vocablo que los nombra, sino en los apelativos que lo acompañan.

| REFER. | VOCABLO | SIGNIFICADO | LOCALIZACIÓN | OBSERVACIONES |
|----------|--|-----------------------------------|---|--|
| III,1,2 | δρυμός | N. 12. Apart. 2.3.2. | Iberia. | Aplicable a norte, centro, montaña. Alusión casual. |
| III,2,3 | ἄλσος μεγαλόδενδρον μονόξυλος φυτουργία | N. 12 y 13. Apart. 2.3.3. | Turdetania. Riberas y llanura del Betis. | Paisaje domesticado, genérico y bucólico. Adjetivado (grande). Navegación (II,3,4). Ver III,3,1. Barcas de un solo tronco: ver III,3,7. |
| III,2,6 | κόκκος πίττα ύλη | N. 2 y 12. | Turdetania (especialmente interior). | Relación indirecta con pino y encina. Astilleros con madera local. Uso “civilizado” de productos y madera. Paisaje domesticado. |
| III,2,7 | δρύς βάλανος | Apart. 2.3.1. | Turdetania (litoral). | Encina marina y terrestre. Se concreta el nombre y se describe el árbol. |
| III,2,9 | δρυμός | N. 12. Apart. 2.3.2. | Turdetania (valor genérico). | Mito: bosques que arden y funden metales. Referencia al paisaje anecdótica en una descripción claramente minera. |
| III,3,1 | εὔαλδες | N. 14. Apart. 2.3.3. | Lusitania (isla del Tajo). | Vegetación adjetivada (frondosa). Paisaje domesticado y bucólico. Semeja a III,2,3 (Betis). Describe el río, no el paisaje. |
| III,3,7 | δρυοβάλανος μονόχυλος | Apart. 2.3.1. | Lusitania (y pueblos montañoses). | Alusión directa a encina y bellota. Uso “salvaje” del producto. Barcas de un solo tronco: actividad naval, pero no potente. Ver III,2,3. |
| III,4,2 | ύλη μεγαλόδενδρον | N. 12. Apart. 2.3.2. | Turdetania (Bastetania y Oretania). | Paisaje de bosque adjetivado (frondoso, grande). Ver III,4,10. Descripción básicamente orográfica: límite interior-litoral. |
| III,4,6 | Ολέαστρον | Topónimo latino. | Costa levantinocatalana. | Referencia toponímica latina que no implica necesariamente un paisaje. Oleaster = acebuche. |
| III,4,10 | δρυμός | N. 12. Apart. 2.3.2. | Entre Nueva Carquedón y Málaga. | Alusión genérica a bosques, dentro de una descripción orográfica de la Oróspeda. Ver III,4,2. |
| III,4,11 | εὔιδενδρον ύλη | N. 12. Apart. 2.3.2. | Costado ibérico del Pirineo. Cerretanos. | Árboles adjetivados (de toda especie y hoja perenne), pero sin concretar especies. Zona bastante civilizada. |
| III,4,13 | ύλη | N. 12. Apart. 2.3.2. | Celtiberia. | Contraste civilización-barbarie, ciudad-aldea, agricultura-bosque. |
| III,5,1 | Πιτυούσσαι | Top. griego derivado de πίτυς. | Baleares. | Paisaje de pinos, no necesariamente contemporáneo, pero quizás real en el pasado (Plin., III,10,76). Ver III,5,2. |
| III,5,2 | δένδρον | Árbol. | Baleares. | Ejemplares concretos, de nombre no especificado. Integrado en un paisaje agrario: casa-árbol. Acción civilizadora romana. |
| III,5,10 | δένδρον | Árbol. | Entre Gádira y Nueva Carquedón. | Ejemplares concretos descritos pero no identificados. Relación con Egipto y Capadocia. Gádira: reminiscencias míticas. Ver n. 7. Apartado 2.1.3. |

Tabla. Los árboles silvestres en la Iberia de Estrabón.

Bibliografía

- ANDRÉ, J. (1962): *Pline l'Ancient. Histoire Naturelle, livre XVI*. París: Les Belles Lettres.
- (1985): *Les noms des plantes dans la Rome antique*. París: Les Belles Lettres.
- ARCE, J. (1989): “Estrabón sobre la Bética”. En GONZÁLEZ, J. (ed.): *Estudios sobre Urso. Colonia Iulia Genetiva*. Sevilla, pp. 213-222.
- ARIÑO GIL, E.; GURT I ESPARRAGUERA, J. M. y PALET MARTÍNEZ, J. M. (2004): *El pasado presente. Arqueología de los paisajes en la Hispania romana*. Salamanca: Ed. Univ. Salamanca.
- AUJAC, G. (1966): *Strabon et la science de son temps*. París: Les Belles Lettres. Coll. d'études anciennes.
- BAILLY, A. (1950): *Dictionnaire Grec-Français*. París: Librairie Hachette.
- BEAL, J. Cl. (1995): “Le masif forestier de la Sila et la poix du Bruttium d'après les textes antiques”. En *L'arbre et la forêt, le bois dans l'antiquité*. Lyon: Éd. de Boccard, pp. 11-25.
- BELTRÁN LLORIS, F. y PINA POLO, F. (1994): “Roma y los Pirineos: la formación de una frontera”, *Chiron*, 24, pp. 103-133.
- BENDER, H. (1994): “Historical environmental research from the viewpoint of provincial Roman archaeology”. En *Evaluation of land surfaces cleared from forests in the Mediterranean region during the time of the Roman empire*. Stuttgart: Gustav Fisher, pp. 145-155.
- BERENDS, O.; CLAVEL-LÉVÊQUE, M.; CONSO, D.; GONZALES, A.; GUILLAUMIN, J.-Y. y RATTI, St. (2000): *Hygin. L'oeuvre grammaticque*. Luxemburgo: Communautés européennes.
- BERENDS, O.; CLAVEL-LÉVÊQUE, M.; CONSO, D.; VON CRANACH, Ph.; GONZALES, A.; GUILLAUMIN, J.-Y.; PENA, M. J. y RATTI, St. (1998): *Frontin. L'oeuvre grammaticque*. Luxemburgo: Communautés européennes.

- BERMEJO BARRERA, J. C. (1986): *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, 2. Col. Akal Universitaria. Madrid.
- BERNAL CASASOLA, D. y PETIT DOMÍNGUEZ, M. D. (1999): "Análisis químico de resinas en ánforas romanas de vino y salazones de pescado". En *Arqueometría y Arqueología*. Univ. Granada, pp. 269-294.
- CASTILLO PASCUAL, M. J. (1996): *Espacio en orden: el modelo geomático romano de ordenación del territorio*. Logroño: Serv. Public. Univ. Rioja.
- (1998): *Hyginus et Sicvlvs Flaccvs. Opuscula Agrimensorum Veterum*. Bibl. Textos latinos, 1. Logroño: Univ. La Rioja.
- CASTRO PÁEZ, E. (2004): "La géographie de la barbarie dans le Livre III de Strabon. Une approche à partir de la terminologie". En CHARPENTIER, M. (ed.): *Les espaces du sauvage dans le monde antique*. Press. Univ. Franche-Comté, Publ. de L'IS-TA, Franche-Comté, pp. 243-253.
- CLARKE, K. (1997): "In Search of the Autor of Strabo's Geography", *J.R.S.*, 87, pp. 92-110.
- CLAVEL-LÉVÉQUE, M. (1974): "Les Gaules et les Gaulois: pour une analyse du fonctionnement de la Géographie de Strabon", *D.H.A.*, 1, pp. 75-93.
- (1989): "La forêt gauloise vue des textes". En *Puzzle gaulois. Les gaules en mémoire. Images, textes, histoire*. París: Univ. Besançon, pp. 157-171.
- CLAVEL-LÉVÉQUE, M.; CONSO, D.; FAVORY, F.; GUILLAUMIN, J.-Y. y ROBIN, Ph. (1993): *Siculus Flaccus. Les conditions des terres*. Diáphora, 1. Nápoles.
- CLAVEL-LÉVÉQUE, M.; CONSO, D.; GONZALES, A.; GUILLAUMIN, J.-Y. y ROBIN, Ph. (1996): *Hygin l'arpenteur. L'Établissement des limites*. Diáphora, 8. Nápoles.
- COUNILLON, P. (2007): "La représentation de l'espace et la description géographique dans le livre III de la Géographie de Strabon". En *La invención de una geografía de la Península Ibérica II. La época imperial, Actas del Coloquio Internacional, Casa de Velázquez*. Madrid: Diputación de Málaga/Casa de Velázquez, pp. 65-80.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (1996): "Romanización y paisaje en la Geografía antigua. El ejemplo hispano". En REBOLLEDA MORILLO, S. y LÓPEZ BARJA, P. (eds.): *A cidade e o mundo: romanización e cambio social*, pp. 53-64.
- (2007a): "Estrabón y la tradición geográfica". En *Geografía de Iberia. Estrabón*. Clásicos de Grecia y Roma. Alianza Editorial, pp. 44-66.
- (2007b): "Acerca de Estrabón y la Turdetania-Bética". En *La invención de una geografía de la Península Ibérica II. La época imperial, Actas del Coloquio Internacional, Casa de Velázquez*. Madrid: Diputación de Málaga/Casa de Velázquez, pp. 251-270.
- DREW-BEAR, M. (1995): "Le bois en Egypte d'après les papyrus d'époque romaine". En *L'arbre et la forêt, le bois dans l'antiquité*. Lyon: E. de Boccard, pp. 3-9.
- DUPRÉ, N. (1985): "La forêt antique dans la region de l'Ebre". En *Le bois et la forêt en Gaule et dans les provinces voisines, Caesarodunum*, XXI, pp. 274-285.
- FEDELI, P. (1990): *La natura violata. Ecologia e mondo romano*. Col. Prisma, 125. Palermo: Sellerio.
- FONTÁN, A. et al. (1998): *Plinio el Viejo. Historia Natural. Libros III-VI*. Biblioteca Clásica Gredos, 250. Madrid.
- GARCÍA y BELLIDO, A. (1945-1968): *España y los españoles hace dos mil años según la "Geografía" de Strabon*. Col. Austral, 515. Madrid: Espasa-Calpe, S. A.
- GARCÍA QUINTELA, M. V. (2007): "Estrabón y la etnografía de Iberia". En *Geografía de Iberia. Estrabón*. Clásicos de Grecia y Roma. Madrid: Alianza Edit., pp. 67-112.
- GARCÍA RAMÓN, J. L. y GARCÍA BLANCO, J. (1991): *Estrabón, Geografía, libros I-II*. Biblioteca Clásica Gredos, 159. Madrid.
- GARCÍA VALDÉS, M. (1998a): *Dioscórides. Plantas y remedios medicinales (De materia medica). Libros I-III*. Biblioteca Clásica Gredos, 253. Madrid.
- (1998b): *Dioscórides. Plantas y remedios medicinales (De materia medica). Libros IV-V. Pseudo Dioscórides*. Biblioteca Clásica Gredos, 254. Madrid.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. (1999): "Estrabón y la tradición mítica sobre el extremo occidente". En *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*. Serv. Publ. Univ. Málaga, pp. 63-79.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.; CRUZ ANDREOTTI, G. y GARCÍA QUINTELA, M. V. (2007): *Estrabón. Geografía de Iberia*. Clásicos de Grecia y Roma. Madrid: Alianza Edit.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.; PÉREZ LARGACHA, A. y VALLEJO GIRVÉS, M. (1995): *La imagen de España en la antigüedad clásica*. Monografías históricas. Madrid: Gredos.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ DE LINARES, V. M. (1999): "Los bosques en España a lo largo de la historia". En PERLIN, J.: *Historia de los bosques...* Apéndice, pp. 429-478.
- HARMAND, J. (1985): "La Gaule, Cesar et la forêt". En *Le bois et la forêt en Gaule et dans les provinces voisines, Caesarodunum*, XXI, pp. 141-154.
- HUGHES, J. D. (1994): "Forestry and forest economy in the Mediterranean region in the time of the Roman empire in the light of historical sources". En *Evaluation of land surfaces cleared from forests in the Mediterranean region during the time of the Roman empire*. Stuttgart: G. Fisher, pp. 1-14.
- JACOB, Ch. (1993): "Paysage et bois sacré: ἄλσος dans la Périégèse de la Grèce de Pausanias". En *Les bois sacrés*, actes du Colloque International organisé par le Centre Jean Bérard et l'École des Hautes Études (23-25 nov. 1989). Nápoles: Publ. Centre Jean Bérard, pp. 31-44.
- JONES, H. L. (1988): *The Geography of Strabo, II*. Londres: Loeb Classical Library.
- LARRERE, R. y NOUGARÈDE, O. (1993/2000): *L'homme et la forêt*. París: Gallimard, pp. 19-20.
- LASSERRE, F. (1966): *Strabon, Géographie, tome II (livres III et IV)*. París: Les Belles Lettres.
- LÓPEZ, P. (1994): "Forest, forest clearance and open land during the time of the Roman empire in Spain". En *Evaluation of land surfaces cleared from forests in the Mediterranean region during the time of the Roman empire*. Stuttgart: Gustav Fisher, pp. 23-35.
- MAGNIEN, V. y LACROIX, M. (1969): *Dictionnaire Grec-Français*. París: Librairie Classique Eugène Belin.
- MANGAS, J. y DOMINGO, P. (eds.) (1998): *La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón, Testimonia Hispaniae Antiqua II A*. Madrid: Edit. Complutense, S.A.
- (1999): *La Península Ibérica prerromana de Éforo a Eustacio, Testimonia Hispaniae Antiqua II B*. Madrid: Edit. Complutense, S.A.
- MANGAS, J. y MYRO, M. M. (eds.) (2003): *Medio físico y recursos naturales de la Península Ibérica en la Antigüedad, Testimonia Hispaniae Antiquae, III*. Madrid: Edit. Complutense, S.A.
- MEANA, M. J. y PIÑERO, F. (1992): *Estrabón. Geografía, libros III-IV*. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos, 169.
- MONTEPAONE, Cl. (1993): "L'alsos/lucus, forma idealtipica artemidea: il caso di Ippolito". En *Les bois sacrés*, actes du Colloque International organisé par le Centre Jean Bérard et l'École des Hautes Études (23-25 nov. 1989). Nápoles: Publ. Centre Jean Bérard, pp. 69-75.
- PELEGRÍN CAMPO, J. (2003): *Barbarie y frontera. Roma y el valle medio del Ebro durante los siglos III-I a. C.* Diss. CD ROM. Zaragoza.
- PÉREZ VILATELA, L. (1991): "Etnias y divisiones interprovinciales hispano-romanas en Estrabón", *Klio*, 73, pp. 459-467.

- (2000): *Lusitania. Historia y etnología*. Bibliotheca Archaeologia Hispana, 6. Madrid: R.A.H.
- PERLÍN, J. (1999): *Historia de los bosques. El significado de la madera en el desarrollo de la civilización*. Madrid: Gaia.
- POTHECARY, S. (1997): “The Expression Our Times in Strabo’s Geography”, *Classical Philology*, 82, pp. 235-246.
- PRONTERA, F. (2007): “Strabone e la tradizione della geografia ellenistica”. En *La invención de una geografía de la Península Ibérica II. La época imperial, Actas del Coloquio Internacional, Casa de Velázquez*. Madrid: Diputación de Málaga/Casa de Velázquez, pp. 49-63.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (dir.) (1980): *Diccionario griego-español*. Madrid: (DGE), CSIC, Instituto de Filología.
- RUIZ DE LA TORRE, J. et al (1971-1979): *Árboles y arbustos de la España Peninsular*. Madrid: Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Montes.
- SCHEID, J. (1993): “*Lucus, nemus*. Qu’est-ce qu’un bois sacré?”. En *Les bois sacrés*, actes du Colloque International organisé par le Centre Jean Bérard et l’École des Hautes Études (23-25 nov. 1989). Nápoles: Publ. Centre Jean Bérard, pp. 13-20.
- TOLLARD, P. (1987): *Barbarie et Civilisation chez Strabon. Étude critique des livres III et IV de la Géographie*. París.
- TOVAR, A. (1974): *Iberische Landeskunde, Baetica*. Baden-Baden: Valentin Koerner.
- (1989): *Iberische Landeskunde, Tarraconensis*. Baden-Baden: Valentin Koerner.
- TROTTA, F. (1999): “Estrabón, el libro III y la tradición geográfica”. En *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*. Serv. Publ. Univ. Málaga, pp. 82-90.
- VÁZQUEZ VARELA, J. M. (1986): “*Apéndice I*. Dieta real y dieta imaginaria”. En BERMEJO BARRERA, J. C.: *Mitología y mitos...*, pp. 231-239.

